

»Pues qué, ¿no he de ir con vos?» dijo el criado;
Y el amo replicó: «No, que importante
Más que nunca esta noche tu presencia
Es aquí, en el castillo. En cuanto marche,

»La voz de que en tranquilo, en hondo sueño
Me dejas reposando, astuto esparce.
En movimiento pon la gente toda,
Junta á los escuderos y á los pajes:

»Dispon armas, pendones y libreas,
Todo el séquito aquel que acompañarme
Debiera á la batalla. Muy alegre
Muéstrate, como cosa indubitable

»Asegura mi triunfo, y aún, que tengo
Algun aviso celestial, añade.
Desmiente y pon en burla los prodigios,
Que de Salas tal vez puedan contarse.

»Saca de la bodega el vino añejo,
Entre los hombres de armas lo reparte:
Anima en fin la gente, y tenla á punto
De que ciega se arroje á cualquier lance.»—

«Os entiendo, señor, id descuidado;
Contestó el escudero: los instantes
Urgen, en el postigo sin tardanza
Con el caballo me hallareis.»—Velazquez,



Viendo desaparecer al fiel Rodrigo,
Hacia el armero apresurado vase,
Pónese una armadura empavonada,
Un casco sin cimera ni plumaje,

Una daga se ciñe y un estoque;
Se echa un ropon de caza, y despues abre
Una pequeña puerta, escucha atento;
No oyendo nada, de la estancia parte;

Pasa un estrecho corredor, y torna
A escuchar otra vez: sigue adelante,
Baja una escalerilla retorcida,
Cruza un patio y oscuros soportales,

Llega al postigo, la ferrada puerta
Encontrando encajada, al campo sale,
Halla en él á Rodrigo y al caballo,
Reconoce las cinchas y el rendaje

A tientas, y cabalga en gran silencio.
—Animo,—dice el confidente, al darle
El estribo:—Prudencia y vigilancia,
Amigo,—le responde Rui-Velazquez.

Al fogoso alazan la espuela arrima,
A trote cruza el extendido parque,
Y se mete en el bosque por la senda
Que hácia el castillo va de Payo Sanchez.



ROMANCE DÉCIMO

RUGERIO. A la escasa luz que asoma
Entre los rotos nublados,
Veo dos senderos trillados:
¿Cuál será?...
ÁNGEL DE LA GUARDA. Rugerio, toma
El de la derecha.
EL DEMONIO. Sigue
El de la siniestra, amigo.
(Versos de antigua comedia.)

SUELEN las gigantescas esperanzas
Que de horrendo infortunio en las congijas
Animan de repente al pecho humano,
Ser, al par de brillantes, ilusorias;

Y el que engañado de su aspecto hermoso
Sin más reflexionar en pos se arroja,
Encuentra al primer paso una barrera,
O se pierde infeliz tras vanas sombras.

Así en la noche, por el monte espeso,
Perseguido de fieras bramadoras,
O de los salteadores asesinos,
Perdido caminante se acongoja;

Y de pronto al través de los peñascos
Una brillante luz poco remota
Advierte, y reconoce ser la lumbre
De amigo albergue y conocida choza.

Ya se figura en salvo, hácia el señuelo
Se dirige anhelante, sus zozobras
Y temores olvida; y en su idea
El grato hogar y la abrigada alcoba,

Sabrosa cena y amigable abrazo
El abatido pecho le confortan.
Pero, ¡ay desventurado! apenas mueve,
Encarado á la luz, la planta, toca

El borde de espantosos precipicios,
La cumbre de agrias peñas, que coronan
La dilatada márgen de ancho río,
Cuya sesga corriente el paso corta,

Sin barca, vado ó puente á la esperanza;
Y ve el desventurado que no hay otra
Sino arrojarse en la veloz corriente,
O estrellarse cayendo de las rocas;

O ser despedazado en la espesura
Por el colmillo agudo y garra corva
Del lobo rabiador, ó ser despojo
Del bandolero y de su inicua tropa.

Aún mil pasos no está de su castillo
Alongado Velazquez, y su propia
Experiencia del mundo y de los hombres
Con amargo rigor le desconhorta;

Mostrándole cuán vano y áun funesto
Es el recurso á que se acoge, y todas
Sus ansias y tormentos se renuevan,
Y en desesperacion á hundirlo tornan.

Ambicioso y osado es Payo Sanchez,
Sostener quiere pretensiones locas,
Y no empleará su fuerza y sus amigos
En las ajenas, quien las tiene propias.

La tumba de Velazquez puede sólo
La basa ser de su grandeza, roca
Donde encuentre cimientó el poderío,
Que en Castilla ejercer ciego ambiciona.

¿Querrá, pues, sostenerle en su caída?...
Mientras subsista en pié, no es fácil cosa,
No ya sobrepujarle, sino áun verse
A su nivel; y poco ó nada importa

A ninguna ambicion, que la familia
De Lara torne á su grandeza y pompa.
Gustios, anciano, ciego, enfermo, inútil,
Con recuerdos no más y antiguas glorias

Puede, y poco vivir; y ese Mudarra,
O es una aparicion y vana sombra,
Que se disipará, cuando las miras
Cumpla de quien le ha dado cuerpo y forma,

O es un mancebo ardiente, que nacido
Y educado en regiones muy remotas,
Con otros usos, religion y lengua,
Puede brillar, pero en esfera corta.

¿Quién ha de ser tan necio que aventure
Sus planes, esperanzas, fama y honra,
Abrazándose á aquel, que, abandonado,
De la tierra y del cielo, se desploma?

¿Quién, que avanzar en el poder pretenda,
Se pondrá en lucha con Castilla toda,
Contra la inclinacion del nuevo Conde,
Contra el brazo invencible en fin, que obra

Tales portentos á favor de Lara?
Reflexiones, tan justas y tan obvias,
En el entendimiento de Velazquez,
Abrumándole el alma, se amontonan;

Sacando la juiciosa consecuencia,
Que el confundido pecho le destroza,
De que va á prosternarse ante las plantas
De un rival inferior; á hacer notoria

Su impotencia y patentes sus terrores;
A descubrir secretos de alta monta,
A proponerle peligrosos planes,
A hacerle dueño en fin de su persona;

Para lograr, ó lástima, ó desprecio,
Si es que cadenas y prision no logra;
Y muerte, no en la lid, en el cadalso,
Siendo abominacion de España toda.

Acosado el señor de Barbadillo
De tales pensamientos, abandona
La empresa de tentar á Payo Sanchez,
Y el paso y rienda á su alazan acorta.

Suspenso queda: se le ocurre acaso,
Si aún fuerza podrá hallar que le socorra
En algunos oscuros caballeros,
De él casi dependientes, pues que moran

En aquellos contornos, gente armada
Manteniendo por fausto para escolta.
A un lado y otro el alazan revuelve;
Mas pronto ve que á semejantes horas

Socorro mendigar de puerta en puerta,
No puede producir más que deshonra;
Y que do halló obediencia poderoso,
Cercado de esplendor y régia pompa;

Tremulo, fugitivo, disfrazado,
Va insolencia á encontrar ignominiosa.
Velazquez á los hombres conocia,
Y no se alucinaba en causa propia.

—Dominador de la feraz llanura
Por los aires altivo se remonta,
Y en el tronco robusto y las raíces
Profundas apoyado la alta copa

Extiende en derredor árbol gigante.
Anidan aves mil entre sus hojas,
Abrigo en él ganados y pastores
Buscan de invierno, y de verano sombra;

Sin que ose sospechar que son sus tallos
Grato cebo, la cabra trepadora,
Ni el gañan, que sus ramas dar pudieran,
O lumbre, ó techo á su infelice choza.

Pero truena encendida oscura nube;
Derriba el árbol, con su ruina asombra
Un momento la selva, huyen las aves
Para nunca volver, y las personas,

Y áun los brutos tambien, viéndole en tierra,
Casi en desprecio el culto antiguo tornan;
Que es más útil tendido reconocen,
Y aquellos pronto las segures toman,

Aprovechan en leño su ramaje,
Hasta de las cortezas lo despojan,
Y estos sin susto y con osado diente
Le arrancan los renuevos y las hojas.

—Desesperado cual jamás Velazquez,
Viendo cerradas en la tierra todas
Las puertas de socorro en tanto apuro,
Con llanto de despecho la faz moja.

En el espeso monte incierto vaga,
Y al caballo las riendas abandona.
A su alcázar tornar, terror le infunde:
En los desiertos esperar la aurora,

Le horroriza tambien. Ya es media noche,
Vuelan fugaces las ligeras horas...
A la mañana... ¡Oh Dios!... En tal conflicto
Por la primera vez al cielo torna

El pensamiento. ¡Desdichado!... ¿Cómo
Favor le pide, proteccion le implora?
¡Cómo, cómo, infeliz!— Por tal camino,
Que más la eterna cólera provoca.

Juzgan ciegos los hombres que allá reinan
Las pasiones de acá, que es fácil cosa
Capitular con Dios, y que oraciones,
Y dádivas, y ofertas engañosas

Para el delito, la maldad, el crimen,
Ya que no amparo, tolerancia logran.
Así obcecado el mísero Velazquez
De tal modo consigo reflexiona:

«Si el cielo poderoso concediera
A mi lanza mañana la victoria,
Un santo monasterio yo fundara,
Diera mis bienes todos de limosna,

»Y las vanas grandezas renunciando
Y del mundo falaz la necia pompa,
A recibir de mi pasada vida
La absolucion, me encaminara á Roma,

»Para morir despues en un desierto.
Déme mañana, sí, déme la gloria
Del triunfo, mi secreto oculto quede,
Derrame yo en la lid la postrer gota

»De la sangre de Lara, y mis pecados
En penitencias y con santas obras
De tal modo expiaré, que pueda al mundo
Servir mi austeridad de ejemplo y norma.

»Si un santo sacerdote hallar me es dado...
Un monje penitente, que interponga
En mi favor ayunos y oraciones,
Dueño será de mis riquezas todas.

»Hay en estas montañas una ermita,
Do un solitario penitente mora...
Si la pudiera hallar... Un monasterio
Cerca de mi palacio... su abad goza

»Fama de sabidor... amigo es mio...
Les abriré mi pecho. ¿Qué me importa
De confesion bajo el sigilo?... Sea,
Si logro yo mañana la victoria.»

Así el precito habla entre sí, y en tanto
A paso lento el alazan se embosca,
Sin que rienda ni espuela le dirija,
Por una áspera senda tortuosa.

Era oscura la noche; pero á veces
La escasa luna entre las nubes rotas
Derramaba su luz. El recio viento
En los desnudos árboles y toscas

Peñas silbaba ronco. Algunos ratos
Copiosa lluvia con espesas gotas
A trechos las colinas azotaba;
Otras todo era calma y densa sombra.

Embebido en sus vanos pensamientos,
Y apurando martirios y congojas
Iba sin saber dónde Rui-Velazquez,
Cuando al salir á un raso, que espaciosa

Vista lograba, y al momento justo
De pasajera claridad, le azora
Del alazan un súbito relincho,
Que por los valles y cavernas hondas

El eco repitió. Sobresaltado
Coge las riendas, se detiene, torna
Los ojos en reedor, y de repente
Mira asomar en la vecina loma,

Bien que en incierto y ciego bulto, un hombre
A caballo y con lanza, que galopa
Como á su encuentro, dando voces vagas
Que el viento silbador confunde y borra.

Aunque no era cobarde, los cabellos
Se le erizaron, y la sangre toda
En sus venas se heló. Tan llena estaba
Su mente de terrores, de espantosas

Fantasmas, y tan débiles sus miembros
Con tantos padeceres y zozobras;
Que ve en aquel jinete un enemigo,
Que de repente la montaña aborta,

O á Mudarra el fantástico, que viene
A saciar sus venganzas. Se abandona
Al pánico pavor, ambos ijares
Del fogoso alazan pica y destroza:

Huye á escape al través de las malezas,
Por agrias cuevas y escarpadas trochas,
Y como con la fuga el miedo crece,
Sobre la crin del pisador se encorva,

La aguija más y más, y se figura,
Una vez que hácia atrás el rostro torna,
Que sobre siete ciervos descarnados
Siete esqueletos hórridos lo acosan,

Y que los Laras son. Cierra los ojos,
Desatentado ya, ciego se arroja
Por precipicios, setos y barrancas
Con su caballo que, cual suelta corza,

Salva troncos, torrentes y peñascos,
Sacando chispas cuando encuentra y topa
So la herradura pedernales duros;
Con su ímpetu veloz y cascos forma

De tormenta lejana estruendo sordo,
Y de la noche las tinieblas corta,
Como los aires rápida saeta,
Sin dejar tras de sí rastro ni sombra.

—El jinete tal vez, de quien va huyendo,
Era Lope, que andaba á aquellas horas
Aún buscando al tordillo; ó bien seria
Uno de los malvados de la tropa,

Que al Zurdo acompañara aquella tarde,
Y que al monte se huyó, mermada y rota;
O algun perdido viajador. Quien fuese,
No siguió al fugitivo. ¿Qué persona

Que en su seso estuviera, se arrojara
En los ramblares y en las quiebras hondas,
Por do desapareció? Mas cual si fueran
Alas sus piés, el alazan no acorta

El raudo curso, y síguele buen rato,
Hasta que al fin desfallecido choca
Con un troncon volcado, y al empuje
Que en una lastra resbaliza y monda

Hace para saltarlo se desliza,
Con su jinete en tierra se desploma,
El monte oscuro con el golpe atruena,
Y con su peso un matorral agobia.

En el fango tendido Rui-Velazquez
Permaneció por largo tiempo, todas
Sus facultades muertas. Pero al cabo
Un turbion recio, que las densas sombras

Hendiendo, lanza pasajera nube,
El pecho y rostro pálido le azota,
Y en sí le vuelve, cual si de hondo sueño
Tremendo despertara. Se incorpora;

En pié se pone, temeroso duda,
Si aún está en este mundo y en su propia
Carne mortal. Su pensamiento llena,
Pero en confusas y embrolladas formas,

Cuanto ha pasado aquella noche. Envuelto
Se ve en densas tinieblas, y le acosa
La fuerte lluvia. En dónde está, no sabe,
Ni cómo allí ha venido. Que ya mora

La region infernal, que ya principian
Sus tormentos, sospecha, y casi torna
A perder los sentidos, yerto, helado
Y de dolores lleno. Voladora

Pasa en tanto la nube, aclara, cesa
El aguacero, media faz asoma
Por el roto celaje clara luna,
Y vida con su luz los campos cobran.

La claridad, la calma y los objetos,
Que se muestran cual son, á las congojas
De Velazquez dan tregua, le reaniman,
Y su abatido espíritu confortan.

A coordinarse empiezan sus ideas,
Vienen la fuga y golpe á su memoria,
Y el caballo echa ménos. Anhelante
Vuelve los ojos á una parte y otra,

Avanza algunos pasos, y descubre
Casi á su frente, y á distancia corta,
Un pequeño edificio, en el que indica,
Que hay luz ú hogar, una alta claraboya.

Animoso se acerca, ve un caballo
Pacer la yerba que al abrigo brota
Del tosco muro; al punto reconoce
A su corcel. Con tal hallazgo todas

Sus fuerzas se reaniman; silla y freno,
Que estaban ya en desórden, le acomoda,
Y con él de las riendas examina
El edificio todo á la redonda.

Halla pronto la puerta, aunque cerrada,
Y oye dentro una voz que armoniosa
Los salmos y las santas oraciones,
Que á maitines la Iglesia reza, entona.

Al momento conoce que es la ermita,
Do el solitario penitente mora,
Y á quien pensó buscar há poco rato
Para pedir al cielo la victoria.

No duda pues que el cielo, el mismo cielo
A que á tal santo y proteccion se acoja,
Por tan extraño modo le ha traído;
Y sin pensarlo más, la puerta toca,

Que cediendo al impulso, ábrese lenta,
Y se halló Rui-Velazquez en la gloria.
Nada ménos creyó, viéndose dentro
De una limpia capilla primorosa,

Cuyas blancas paredes relucian
Al claro resplandor de dos antorchas,
Que en un altar de piedra iluminaban
La imágen hermosísima y devota

De una Virgen de cedro, colorido
El rostro, y de oro y de trasflor las ropas:
Escultura de aquella que los griegos,
En aquel siglo de barbarie y sombras,

Dichosos los reflejos conservando
De otra más culta edad y más remota,
Industriosos labraban y esparcian
Con grande lucro en la cristiana Europa (34);

Y de las cuales, aunque raras, duran
Algunas con gran culto y luenga historia,
Del curso de la edad ennegrecidas,
Mas venerables siempre y milagrosas.